

RINCONES MEXICANOS

Por VICENTE DAVILA

MERIDA DE YUCATAN

Según los arqueólogos, entre ellos el americano Sylvanus Griswold Morley, el antiguo Imperio Maya tuvo su principal centro de civilización en Petén de Guatemala.

En las ruinas, cercanas a Mérida, los exploradores han encontrado cultura en la piedra, cerámica, artes, textiles y mosaicos. La astronomía y los jeroglíficos, en nada inferiores a los egipcios, con una cronología de millares de años.

El suelo calcáreo, impropio para el cultivo de los frutos, fue propicio a la arquitectura por sus tres elementos constitutivos: piedra, ripio y cal.

Parece que la ciudad se asienta sobre una extensa capa calcárea, que cubre un enorme recipiente de agua. Este se manifiesta por aberturas naturales llamadas Cenotes. Los molinos de viento, que baten sus astas por todas partes, proveen de agua a sus habitantes. Y como la familia Molina ha dado hombres ilustres a la Comunidad, a Mérida la titulan la ciudad de los Molinos y de las Molinas.

El maíz, el principal alimento, es sagrado. En el génesis de los Mayas, que es el Popol-Vuh, el hombre y sus dioses se originan de ese fruto. Aunque el ciervo fue la carne preferida, el aborigen no es carnívoro. Sus pieles muy socorridas, las utilizaban en la industria; las del jaguar, animal divinizado, servían para el vestido de Sacerdotes y de Nobles.

Se supone que el antiguo Imperio Maya, cuyos primeros habitantes vinieron de Guatemala, comenzó su decadencia a principios del siglo X de la era cristiana. La ocasionó la escasez del maíz, cuyo cultivo no fue suficiente para el crecimiento de los pueblos.

Las estelas, piedras con inscripciones en jeroglíficos, halladas en las ruinas, han confirmado nuevas sospechas. Deducen que los fundadores de Chichén-Ytzá y Kukulcán, a cuyas ciudades dieron sus nombres, vinieron del oeste. Y que luego, uno de ellos, al regresar a su planicie mexicana fue divinizado con el nombre de Cezalconati.

Por este tiempo aparece la Liga de Mayapán en la cual dominaban en Chichén-Ytzá, los Itzáes; en Uxmal, los Xiúes; y en Mayapán, los Cocomes. Fue el esplendor de estas tres ciudades.

Las guerras trajeron la destrucción de la Liga, y como decayó el laborioso cultivo del maíz, las hambres y las pestes, secuelas de aquéllas, aventaron lejos a los pobladores.

Por eso los conquistadores hispanos sólo hallaron, de lo que fueron ciudades de esplendor y belleza, meros montículos de yerbas, de arbustos y de árboles.

Restos de una muralla defensiva, con una extensión de ocho Kmts., rodeaba un área de tres Kmts. y medio. Con una altura de dos Mts. por cuatro de base. Dentro hubo hasta 17 Cenotes que daban el agua suficiente a los Ytzáes. Los Xiúes y Cocomes carecían de ellos.

Los cronistas fijaron el siglo XV como final de estas civilizaciones que destruyeron la guerra, el hambre y la peste.

La conquista duró más largo tiempo que la de los aztecas y mexicanos; y se aprovecharon de la tradición que se dice existía entre los Mayas, de los nuevos hombres y de los nuevos dioses. Tal como la había en el Perú.

Por los años de 1.517 aparecieron los hombres blancos por las costas de la Península, que bautizaron Yucatán por corrupción de voces indígenas. Francisco Fernández de Córdoba, quien había partido de Cuba, descubrió las costas de Campeche y peleó con los nativos.

En 1.526 a Francisco de Montejo, compañero de Hernán Cortés y Juan de Grijalva, se le encomendó la conquista de los indios mayas. Tuvo que combatir con Peches y Cheles en el norte, que por el centro le tocó al Capitán Alonso de Avila. Allí se encontró con los Xiúes, los vencidos en Uxmal antes de llegar los españoles.

Con auxilios del Virrey de México funda Francisco de Montejo, el Mozo, a Campeche en 1.540; y el 6 de enero de 1.542 echa las bases de la hermosa ciudad de Mérida. Pobladas con sólo españoles lo mismo que Valladolid y Salamanca de Bacolar.

A causa de los piratas que comenzaron a infestar las costas de los nuevos dominios hispánicos, en 1.564 se creó la Gobernación y Capitanía General de Yucatán, para defenderse mejor de los filibusteros.

La colonización empezó con los Frailes que llevaban el Evangelio a los indígenas y suavizaban, en lo posible, la aspereza y crueldad explotadora de los súbditos del Rey. Los Franciscanos fueron los obreros civilizadores en la Capital yucateca.

Durante los trescientos años del régimen Monárquico se destacaron como escritores, entre otros, los Frailes españoles Antonio de Ciudad Real, Luis de Villalpando y Diego de Landa; criollos yucatecos Pedro Sánchez de Aguiler, Cosme de Burgos y Vasco Martín; y mayas Nakuk Pech y Gaspar Antonio Chí.

Asoman como edificios coloniales la Catedral, con su elegante portada de columnas y cornisas sencillas, todas ellas de piedra labrada. Las dos puertas laterales son pequeñas; y sobre la ojiva de la central, que es grande, se miran entallados Escudo y Mitra obispales.

Adentro tres naves amplias y largas con su columnata redonda. La arquería que descansa sobre ésta, lo mismo que los relieves del plafond son canterías. La rotonda del crucero es arquitectura de elegantes trazos.

Las columnas de las naves son círculos tallados, de piedras superpuestas, y se cuentan hasta 21 en cada una de ellas. El alto de cada piedra es de 45 centímetros, lo que da una altura de 10 metros. No entran aquí ni la base ni el capitel. La circunferencia de ésta mide 6 metros con 35 centímetros.

Adosadas a las paredes laterales, de entrada y fondo, se hallan medias columnas en número de 20.

Y como de cada una de las doce centrales parten cuatro arcos, suman 48, que numerados conjuntamente, con los cuadrículos del techo, dan una armónica y variada cantería.

Es desde luego una fronda de piedra tallada todo lo que la vista extasiada contempla en el interior de esta suntuosa Catedral.

Los meridianos se sienten orgullosos de su Basílica cristiana. Se advierte que la misma ciudad da gentilicios diferentes. Emeritenses, la Mérida de España y merideños, la de Venezuela.

El coro lo soportan también columnas de piedra, pero más delgadas. El visitante siente la emoción del arte, aunque sea profano. Tal como la sintió ante los fragmentos de columnas, capiteles, vértebras de serpientes emplumadas y mascarones en las ruinas sagradas de los Ytzáes y de los Xiúes.

La Capilla de la izquierda contiene una reliquia, el Cristo Negro de las Ampollas. Refiere la tradición que al incendiarse la Capilla donde antes estaba, las llamas perdonaron la imagen pero le dejaron, en recuerdo, manchas lustrosas en los brazos y en el pecho. Desde ese día las leyendas miraculosas prestigiaron al Cristo salvado del incendio.

A su alrededor, enmarcados, se leen los siete Dones del Espíritu Santo. De izquierda a derecha del visitante: Don de Sabiduría, Don de Entendimiento, Don de Consejo, Don de Fortaleza, Don de Ciencia, Don de Piedad y el 7º Don de Temor a Dios. En la práctica todos ellos pueden sintetizarse, reducirse a uno solo: **El Don de la Salud** tanto moral, como intelectual y corporal. Para lograr esta simbólica realidad, hay que poner en juego todos los Dones que acompañan al Cristo en Cruz de la Capilla meridana.

La Iglesia de la Tercera Orden franciscana es también tallada en piedra. Cerca se halla una plazoleta con el monumento moderno del General Manuel Cepeda Peroza, quien fue un benefactor yucateco. Así lo pregonan la Biblioteca pública que lleva su nombre. Y una de las más visitadas por lectores, de todas las Bibliotecas de Provincia de México.

En la antigua Plaza de Armas, llamada hoy de la Independencia, abundan, como una bendición de los dioses, los frondosos laureles de la India. Alrededor del cuadrilátero hileras dobles de este árbol bienhechor extienden sus ramajes. Y como la ciudad está a 8 grados sobre el mar, la frescura del parque refrigera a los que se guarecen bajo sus frondas. Es uno de los sombríos más hermosos en las plazas públicas de la Nación.

Los laureles de Cuernavaca, como los de Tequila, son coposos, llenos siempre de hojas y de ramas verdes, pero no en gran número como los de Mérida. ¡Por fortuna para ellos los gobernantes arboricidas no han descargado sus iras de leñadores! Que en La Victoria, Mérida y Caracas, como en la Guatemala de Ubico, hubo destructores del ornato más bello y útil de una plaza pública. ¡Que Dios

les ayude, como decía Dolores Montilla, cuando recordaba en Madrid las maldades que el doctor Paúl aconsejaba en Caracas al Pacificador don Pabelo Morillo!

Unos escaños, curiosos y llamativos como los más, se encuentran en el centro del Parque. Son 16 pares de **merito** cemento, como dicen los mexicanos. En la hora del crepúsculo, cuando los rayos del sol apenas dibujan siluetas de parejas enamoradas, los bancos reciben las confidencias de los que bien se aman. El viajero, ante ellos, evocó uno de los más bellos idilios de su primera juventud. Y en ese sitio embujador servía de paladiun Sainte Gènevieve, la Patrona de París!

En la calle 63 llaman la atención del extranjero unos grabados, que son el historial de la hoja de servicios del Coronel Pablo González. Los prestó en la guerra de Castas de Yucatán, en 1.847. En 9 cuadros se lee la relación de los combates de aquella destructora revuelta. El caso es por demás curioso, acaso único en los pueblos de América.

En la misma Plaza Mayor, como es natural, está ubicada la casona del fundador Montejó, "El Mozo". Sobre el dintel de la puerta principal, el Escudo de Armas de los Montejos. Junto a las jambas columnas de piedra tallada, de orden corintio, que sostienen el capitel. Y sobre aquéllas, soldados con armaduras de conquistadores. Arriba de un balconcete, que soporta el dintel, el Escudo con sus 4 cuarteles y el consabido morrión. En la misma piedra grandes alabarderos en alto relieve que orlan grabados relativos al guerrero. Todo está en deterioro, que son cuatro centurias. ¡Y el tiempo carcome hasta los símbolos de la gloria!

Los cuatro frontones de los cuatro ventanales, que son de cal y canto y que se hallan sostenidos por cariátides de piedra, no lucen su antigüedad. Han sido retocados.

Los Atlantes llevan una mano a la frente, en actitud pensativa, y de la otra cuelgan sendas guirnaldas. Todas estas molduras son de alto relieve, pero carecen del mérito de la piedra tallada.

El cornisamiento de la casa de los Montejos, en sus 25 metros de largo, lo adornan lagartos y coyotes (zorros) con cabezas de serpientes. Hileras de ricas pinas completan las molduras.

En el interior vivía para 1.942, don Manuel de Arrigunaga, español vasconce, casado con Dña. Aminta Peón, descendiente del fundador. Como no dejó varón, el apellido Montejó no continuó en Yucatán. Se transmitió por línea de mujer. No tuvo el talento oportuno de don Sancho Briceño, en Trujillo de Venezuela, a quien se le ocurrió, a causa de un Mayorazgo que tenía en Aragón, lo siguiente: en el matrimonio de su hija Ana Briceño Samaniego, hizo estampar la cláusula de que su apellido se antepondría al Bastida de su marido, el Capitán Francisco.

La señora de Arrigunaga, de palidez de lirio, muestra en la tersura de su piel los distintivos de la raza blanca.

La antigua casa de sus abuelos, los conquistadores y fundadores de pueblos, tiene algo de su construcción primitiva en algunos de sus techos. Allí la madera redonda y labrada, de hace 400 años. El escritorio es también de esa época. Y conserva con cariño, como reliquia histórica que es, el escritorio de madera tallada que usó la Emperatriz Carlota cuando estuvo en Campeche, de donde fue traído.

En la casa inmediata se hospedó la esposa de Maximiliano, del 23 de noviembre al 5 de diciembre de 1.865, durante su visita a Mérida.

Ciudad que no conocieron los dos Emperadores del México independiente.

Era una de las mejores casas coloniales, y pertenecía al señor Darío Galea. Todavía ostenta las 26 columnas y sus respectivas arquerías. Pero la mansión solariega quedó reducida a piezas de comercio, especie de casas de vecindad mercantil.

Durante su estada ahí la Emperatriz visitó asilos y oficinas públicas, a los que benefició con dádivas. Diagonal con dicha casa se encuentra el Palacio Arzobispal, expropiado por los gobiernos reaccionarios. Hoy convertido en morada de sórdidos abarroteros. Lo que era suntuosa mansión del Clero, semeja al presente una guarida de gitanos. La ciudad perdió un ornato público.

Así duró mucho tiempo la Alhambra, joya del arte árabe, convertida en madriguera de la gitanería andaluza. Actualmente en la ciudad de México, uno de los viejos claustros cuyas columnas y arcos son finos brocados y encajería de piedra, es refugio de grotescas gentes. Tal el antiguo Convento de las Mercedes, frente con frente del mercado mayor.

Hay otras casas coloniales que existen sin modificaciones modernas. La de Pilar Peón de Regil, dama de tradicional abolengo. El zaguán ancho y su patio lleno de flores, árboles y arbustos. La escalera y los arcos, que llevan al piso alto, son de piedra tallada. Decoran los corredores y las amplias piezas, cuadros con motivos franceses. El piso de ellos son mármoles de Italia. Es que las familias pudientes de Mérida han viajado siempre a Europa. Con más frecuencia que a la misma capital del país.

La cocina, que es casi un salón, ostenta varias chimeneas. La adornan azulejos de las viejas alfarerías de Puebla. Cuando el suscrito se topa con las clásicas cocinas recuerda que en Caracas, algunos de los ingenieros modernos las hacen ciegas. Entonces el humo sale por donde puede, y ahuma paredes y techos de las otras habitaciones. Como en Mérida la Emperatriz halló muchas familias de tradición, nombró algunas damas para su Corte. La ya citada Dña. Aminta Peón, descendiente del fundador Montejo; y Dña. Julia Fajardo de Regil y Peón, y Dña. Eduvigis Peón de Hermida. Y entre los hombres, como Chambelán del Emperador, a don Antonio Peón.

En la galería de yucatecos notables, que desfilan en la Biblioteca de la Universidad, figuran el poeta José Peón Contreras. Dió su nombre al teatro de Comedias, edificio fronterizo al anterior. Y diagonal se levanta otro, construido por don Fernando Barbachano Peón. Puede desde luego llamarse este crucero de calles, la esquina de los Peones.

La Universidad de Yucatán funciona en el antiguo Convento de los Jesuitas, igual que la de Caracas, en los claustros y celdas franciscanos. Los corredores amplios, tienen su juego de columnas redondas y su correspondiente arquería. Todas de piedra labrada. El primer piso es semejante a la planta baja. Recientemente se le agregó un segundo piso. Esta modificación hecha en 1.938, dio más capacidad y comodidad para las clases. Hay un salón de conferencias, donde el suscrito habló del Libertador Simón Bolívar. Tiene unos doscientos ocho asientos, con sus pequeñas mesitas que sirven para escribir. En la Escuela Libre Preparatoria su conferencia fue sobre el Precursor Francisco de Miranda.

Hay edificios modernos. El Hospital del Niño que construyó el Gobernador Canto. Pero no crea, dicen los meridianos al visitante, que es canto de los pájaros, no, es el de las piedras sin tallar.

Y cuentan que una viuda tenía un terreno sembrado de árboles frutales, y luego de cedido al gobierno se derribó el hermoso parque. Sobre los despojos se fundó el Hospital. Esto ha podido hacerse en terrenos vecinos, no cultivados, agregan los habitantes, llenos de indignación.

El doctor Lavalle, médico del Instituto, sirvió gentilmente de cicerone. Hay varios salones donde se hospitalizan hasta veinte enfermitos en cada uno. Llegan del interior, en ruinoso desmedro físico, dada la carencia de alimento. Se reciben desde recién nacidos hasta doce años de edad.

En tres cunitas juntas había unos trimochos, o *triches* como les dicen los yucatecos. El personal del hospital es de diez médicos, cuatro farmacéuticos y un cuerpo de veintiseis enfermeras. La construcción es reciente, de 1.940.

Lo que se muestra de más significación es el consultorio externo con unas 150 consultas diarias para adultos. En el salón de espera, con la capacidad dicha, cada paciente conserva su número hasta que se ilumine en el tablero el suyo. Al punto pasa a un largo corredor donde es atendido conforme a su dolencia. Todo esto en silencio.

En otro lugar se visita el Jardín de la Infancia; por fortuna no hubo necesidad del hacha de los leñadores. Era un erial. Allí acuden a jugar los niños bien de la ciudad. En los mosaicos y paredes todos son pinturas de números, pájaros, plantas y hasta motivos de cuentos infantiles. El moderno sistema del Kindergarten: enseñar a través del juego.

El Campo Olímpico, de reciente creación, tiene piscina de gran capacidad y cancha para muchos deportes.

El aspecto de la ciudad yucateca es atractivo por su limpieza. Su clima cálido da alegría y permite el mejor aseo. Tal como se ve en el blanco vestido regional de la mestiza. La mayor parte de las casas son de un solo piso; y algunas de sus ventanas, al ras del pavimento de las aceras, con rejas largas y anchas. Son semejantes a las que se encuentran en Tehuacán, y a las que tienen las ventanas en Cartagena de Indias en Colombia. Convidan a tejer en ellas idilios voluptuosos.

En algunos de sus parques y avenidas florece el *Flambloyán*, árbol simbólico de los Mayas, de flores rojas, como el bucare venezolano.

Uno de los principales rasgos que distingue a sus habitantes, de los otros Estados, es su cultura.

El periodismo, que es intenso, se difunde por toda la extensión lugareña. "El Diario de Yucatán", quizás el Decano de la prensa provinciana, es un vocero de los derechos en esa región del rico henequén. Su fundador, don Carlos R. Menéndez, ha mantenido izada la bandera de sus principios. Es un representante intelectual del Estado Yucateco.

Se terminan estas breves pinceladas de la Mérida mexicana con la visita a la "Casa Cámara". El hermoso y rico edificio se encuentra en la espaciosa avenida que se llama el "Paseo Montejo". El Hotel es una moderna mansión de mármol, de una familia española que se arruinó con la destrucción comunista de las haciendas henequeneras.

La "Casa Cámara" ostenta una escalera suntuosa, que junto con las ocho columnas de mármol de Carrara, presenta toda ella un estilo soberbio de antiguos palacios italianos. Quien visite a Mérida debe conocer este hermoso edificio en el Paseo Montejo.

SANTUARIO DE OCOTLAN

Camino de Puebla, en el kilómetro 46, se halla grabado, en la roca viva, "Peña del Gato", porque en 1.926 Plutarco Elías Calles, Presidente comunista, inauguró la carretera.

Al punto el viajero recordó que durante el año de 1.927, en el sitio "La Peña de Mora", inauguró el dictador Gómez la carretera de La Guaira. Llevó la palabra el Pbro. Carlos Borges uno de los talentos más brillantes de la Patria.

Al recorrido de 90 kilómetros se llega a Texmelucan y a los 115 a Tlaxcala. Los campos entre estas dos poblaciones están llenos de cultivo. Los cerritos que hermocean la vía asfaltada, se miran coronados de artísticas Capillas. El clima de la región es un tanto templado.

Al llegar al zócalo de Tlaxcala se toma una ancha calle a la derecha y se sube por carretera de tierra. Es una curva muy forzada, con la forma de una c bien cerrada.

Al coronar la cumbre del Santuario se divisa, a la izquierda, la planicie donde se extiende la ciudad de los antiguos tlaxcaltecas, aliados del Conquistador Cortés. El panorama es de una belleza propia de los rincones mexicanos.

La portada del templo, a cuyos lados se alzan imponentes las dos torres, es toda de estilo churrigueresco, que habla tanto a la fantasía.

En la concha principal, que corona el segundo cuerpo del frontis, se encuentra un ventanal que sirve de nicho a San Francisco. Sobre sus hombros soporta el peso de tres globos, son las órdenes monásticas que fundó. A sus lados juegos de columnas y molduras, que vienen de las que enmarcan la puerta de entrada. Sobre la concha un reloj.

Las dos torres, elegantes, continúan la base y son de ladrillos limpios. Cada torre tiene dos cuerpos con frisos, columnatas y arquivadas, todo de ladrillo y argamasa. El estilo de toda la hermosa portada es churrigueresco puro. El interior es de una sola nave y en dos de sus ángulos se alzan las figuras de San Pedro y San Pablo. Luego varios altares donde lucen imágenes entre columnas.

La bóveda es un artesonado todo él en estuco de hojas y rosetas blancas. Y la cúpula que remata la obra es una hermosa alegoría donde se entrelazan volutas, hojas, escudos, guirnaldas y conchas doradas.

En el retablo del altar mayor son de admirar las esculturas de San Juan, San Mateo, San Joaquín y San José que rodean la hornacina central, donde fulge la imagen aparecida de la Virgencita de Ocotlán. Es de notar en esta talla lo atrevido de los santos en relieve, que parece como si fueran a desprenderse de su retablo.

La leyenda que rodea de un halo luminoso a la aparecida del Santuario, dice que allá en 1.670 en la Loma de Ocotlán, donde se levanta el templo, sucedió un hecho. El indio Juan Diego, nativo de Santa Isabel Xiloxostia de Tepeyango, bajó al río de Zahuapan, que desa-

gua en el Otoyac que va rumbo a Oaxaca, y allí tuvo una visión. Se advierte que en las orillas del río flotaba el milagro, porque sus aguas eran curativas contra la viruela, que tanto azotó a la raza indígena.

Por esa razón el indito al pasar por el cerro de San Lorenzo, cuyas faldas humedece el milagroso Zahuapan, vio la imagen de la Virgen que le habló de una fuente medicinal al pie del ocote. Hoy se encuentra allí un pocito de aguas curativas.

El indito Juan Diego escuchó estático que la visión le ordenaba fuera donde los Franciscanos, a fin de que éstos llevaran la Virgen del ocote que ardía, y la consagrarán en una Capilla en San Lorenzo.

Al efecto, los Frailes hallaron el pino resinoso que ardía, y en él la imagen. La misma que sigue ardiendo en llamas de fe, fuente viva del milagro. Al Santuario de Ocotlán acuden creyentes de toda la comarca, a implorar de hinojos el beneficio de la gracia.

Cada vez que el suscrito se encuentra con este pino tan útil y legendario por sus virtudes, evoca la poética figura de Rosa Claps. Esta inteligente argentina dice al autor de "Jaculatorias", al referirse a la sintética biografía de Miranda: "Su libro es como usted, como su obra, como su misma vida, leño de resina olorosa siempre encendido". El escritor colombiano Luis Eduardo Nieto Caballero, al referirse a la misma biografía escribió: "Y el pequeño folleto queda ardiendo, como lámpara diminuta e inextinguible, ante la sombra gloriosa de Miranda".

Coincidencia histórica. Los papeles de Miranda, de donde sacó el autor este folleto biográfico, estuvieron arrestados en la Conciergerie de París, en dos ocasiones en 1.793; y luego de La Guaira, en Venezuela, en 1.812, fueron llevados a Londres donde permanecieron ignorados hasta 1.927, que regresaron a Caracas. La "Biografía" estuvo arrestada al final de la dictadura Gómez, en el gobierno de López Contreras, y al caer el de Medina Angarita y quemada la Biblioteca del suscrito, creyendo las turbas que eran de Parra Pérez, los ejemplares que allí había, quedaron casi todos en cenizas.

Cabe aquí el juicio del periodista y literato argentino, Manuel María Oliver sobre otro libro quemado también, como los ejemplares de "Jaculatorias". "En su libro hay un capítulo, "Decálogo de renunciaciones", que me ha llamado la atención. Lo traza usted con corazon, coraje moral, verdad absoluta. Percibo que usted vuelca allí su alma forjada en acero y ternura. Podría firmarlo Marco Aurelio o un santo, tal su ejemplar franqueza y la vibrante resonancia de su conciencia. Ojalá hablasen así todos los hombres, sin disfrazar su pensamiento, confesándose bajo la lámpara serena y melancólica del recuerdo, como un asceta que enseña, edifica y dice bien del dolor que purifica".

Al salir del Santuario donde flota eso que la razón ignora, y que los partidos totalitarios de Europa trataron de borrar de sus programas como en México, el alma llena de unción musita plegarias de amor, de fe y de esperanza.

Y más aún en épocas duras, donde las locuras pasionales de los hombres han enturbiado las ideas.

Al regreso se atraviesa la histórica Tlaxala y si el turista llega a Santa María Chiautempan, admira la pequeña Iglesia en la plaza del mercado el día domingo.

La sencilla portada de petatillo, calado indígena, es de cal y

canto, encalada como sus dos torres. La alta con sus dos campanarios y la pequeña con sus tres arcos, a manera de rústicas espadañas, de donde cuelgan las campanas.

El pequeño mercado es rico, como todos los mexicanos, no importa su tamaño, en flores y en frutas. Entre éstas hay las guamas lisas, como las de Venezuela que allá denominan simplemente vainas. El viajero recordó las muchas que fructificaron, cuando López Contreras recibió, en plena paz, la herencia portentosa del dictador Gómez.

En Santa María Chiautempan hay ventas de sarapes, de todos tamaños y de diversos colores y ningún turista desdeña la adquisición de ellos.

De allí se continúa la carretera asfaltada, en unos cinco kilómetros más, hasta el pueblo de Apisaco. Es una estación del ferrocarril mexicano, la mejor línea cuando estaban los rieleros en orden.

En Apisaco hay la venta de bastones labrados en relieves artísticos, y otros muchos objetos manuales. Porque en México, nación de arte como la más en el Continente americano, cada pueblo o sitio tiene su especialidad en labores artísticas. Por eso se repite una vez más que México es la Meca del turismo americano.

ATITLAN

El turista que haya visitado el mercado de Chichicastenango y desee navegar por las tranquilas ondas del Lago de Atitlán, debe regresar el camino andado hasta "Los Encuentros". Allí se deja la ruta por los planos de la serranía a Tapachula, y se baja a la izquierda por el Departamento de Solalá, hasta Panajachel, orillas del Lago.

En el cruce, la altura es de 2.943 varas, en plena cumbre y a los 22 kilómetros del Lago. Toda la vía es de descenso y por entre bosques y cultivos se llega a Solalá. Pueblo grande, con sus casas de teja y su mercado el viernes. Luego, por entre barrancales cae una cascada, de unos 80 metros de alta. La caída es imponente y en forma de riachuelo llega al Lago.

Este recorrido del carro es de 38 kilómetros por entre riscos y faldas llenas de cultivos.

En Panajachel, que significa en maya **tierra de cebollas**, hay hoteles con sus bungalow, departamentos aislados y cómodos para los turistas. Como los poéticos en las ruinas de **Chichén-Ytzá**, en Mérida de Yucatán.

El lacustre hotel, llamado Tzan-Juyú, tiene comodidades y proporciona lanchas de motor para recorrer el Lago.

La emoción del ánimo se exalta ante la vista de aquellos montes que son volcanes en potencialidad, y rodean las aguas que son una hermosa cuenca, circundada de montañas. ¡Acaso fueron un antiguo cráter, como el de Coatepec en "El Salvador"!

La ensenada que forman las colinas de los cerros empinados de San Lucas Tolimán, Santiago de Atitlán y San Pedro, que son volcanes apagados, presentan en conjunto un encantador panorama, cuando el sol crepuscular dora sus montañas a tiempo de ocultarse. Allí, todo convida al descanso y al sosiego cuando el alma se encuentra atormentada por las pasiones humanas. Es un cordial al dolor.

El cultivo de todas las orillas, en derredor, es intenso puesto

que las tierras volcánicas son feraces. Cerca del hotel el pueblecito San Antonio de Palopó, que vale tanto como **palo podrido**, es un vergel por sus milpas, campos de frijoles, anises y árboles frutales. Un verde espeso, color casi más subido que el verde-botella, hermosea la ensenada por su siembra de cebollas.

Como el motivo primordial del turista es recorrer las ondas del Lago, una vez en su cómoda lancha se enrumba por la izquierda y atraca, a poco de navegar, en los muellecitos de Palopó. Sus márgenes son rocosas, con ángulos entrantes y salientes, semejantes a los dientes de una rueda de molino donde se beneficia el trigo.

Las casitas blanqueadas de cal se miran encajonadas en las pendientes; parece como si al rodarse fueran a hundirse entre el oleaje que se rompe al pie. Los techos son generalmente rústicos.

Tiene, como es natural, su Capillita encalada, con muchas imágenes de tamaños diferentes, aún del mismo santo. Esto trajo el recuerdo de dos bustos de Simón Bolívar en Cumaná, de Venezuela, con cabezas de un desigual tamaño. El pueblo los llama: Bolívar el chico, y Bolívar el grande. También hay dos calles en Cartagena de Indias de Colombia, nombradas San Agustín y San Agustín chiquito.

Dentro de la Iglesiasita, cuya campana cuelga de primitiva espadaña, algunos inditos descalzos bailan su marimba. El compás de sus pies es el mismo de la poica que se bailaba en Venezuela hace años.

Los inditos sucios, de vestidos rotos y harapientos, sólo hablan el dialecto de sus padres. Meras palabras españolas. Ignorantes en sumo grado, solo viven la vida vegetativa.

Se continúa el recorrido. Luego se arriba a San Lucas Tolimán, que se recuesta perezoso en las faldas del Volcán del mismo nombre. Este pueblo es de alguna importancia. Se extiende en un bolsón del Lago. Sus calles son largas, empedradas y de tierra. La portada de la Iglesia ostenta sus columnas y capiteles de ladrillos. En sus cuatro blancas hornacinas lucen sus imágenes y las campanas prenden de sus maderas en los primitivos campanarios. Las garras de un tigre se muestran también; son las del animal simbólico de Mayas y Aztecas.

Luego se continúa entre las siembras del café, que sombrean árboles llamados **gravileas**. Estos dan, al herir su corteza, una goma de aplicación industrial. Sus copas son redondas y se mantienen siempre verdes. La tierra allí es negra, la mejor para la agricultura.

La plaza, con amates que la sombrean y son la techumbre de su mercado en los días martes y viernes. Nada de particular ofrecen a la vista, son corrientes, no pintorescos como el de Chichicastenango.

La población, a una altura de 1.733 varas sobre el mar, cuenta con dos escuelas, una para varones y otra para mujeres, con 50 alumnos cada una. Las casas de este poblado, de 1.500 habitantes, no son promiscuas en su estilo como los jacales mexicanos, sino de puro tipo español. Las mujeres tienen sus mantas o sarapes, en sus rústicos telares. La salita les sirve de taller.

Los turistas siguen su rumbo a Santiago Atitlán, nombre de uno de los volcanes. El pueblo, al pie de aquella rocosa cumbre, es también cafetero y utiliza las mismas gravileas lanceoladas para la sombra. Los cuadros de las siembras en sus laderas, traen a la memoria los montes andinos del Táchira pues todos ellos, marcados en sus divisiones con sus cercas, limitan la pequeña propiedad particular. Enemiga, desde luego, de toda idea comunista.

El caserío queda en una ensenada que forma, en esa escarpadura, una especie de pata de enorme elefante.

Desde la orilla, sobre agrios peñascales sueltos, que denuncian antiguos cráteres de lava pétrea como la del Paricutín, se divisa a la distancia el Valle de **Penajachel**, con su permanente cultivo de verdes cebollas; y en otro plano, como si fuese cuadro de pintor pasajista, el Valle de **Jaibal**, por donde se descuelga el río **Kiscap**, que se pierde en la cuenca lacustre. Todas esas pendientes son cafetales, que dan un rico y aromático cafeto.

Desde este volcán se regresa a Tzan-Juyú. La excursión descrita es cuestión de tres horas, pues los demás pueblos y caseríos, que moran en aquellos contornos, son semejantes a los ya visitados. Con esto se da cuenta el turista de la belleza del Lago Atitlán, muy distinto de los que se conocen en México y en Chile. Es que este maya-quiché hace suponer, a los geólogos, que es un cráter centenario, de uno de los muchos que lo custodian en facción de centinelas.

La travesía de las ondas debe hacerse en Atitlán, como en los demás lagos de América, en las horas de la mañana, de 8 a 12 a. m. Nunca en la tarde porque casi siempre se encrespan las aguas en olas turbulentas, y el **tumberío**, como dicen los marinos de Tzan-Juyú, es medroso para las gentes de tierra.

Esta observación viene del recuerdo de lo sucedido en el hermoso Lago de Pucón, al sur de Chile. En 1.938 cuando el suscrito, en las Ternas de ese nombre salió, con su familia, a recorrer el Lago en las horas de la tarde. A la mitad del trayecto el **tumberío** se encrespó y entonces fueron los afanes para calmar el ánimo alterado de su dulce y buena compañera. Los chicos, que desconocían el peligro, gozaban con el fuerte vaivén del barquito y el agua que les salpicaba el rostro.

Es el **Xocomil**, dicen en Atitlán, que sacude violento sus lacustres ondas.

En la comba del Cerro de Oro las playas están llenas de enormes peñascos; en todo el resto del contorno las riberas son verduras cultivadas. Los pueblos que habitan sus feraces tierras son en número de 17. De éstos, siete llevan el nombre de Apóstoles: San Lucas Tolimán, Santiago Atitlán, San Pedro, San Juan, San Marcos, San Pablo y San Andrés. Pero suenan también otros nombres del Santoral católico y algunos de meros indígenas, como Panajachel, Santa Catalina Palopó, San Antonio Palopó, Santa Clara, Visitación Simaná, Santa Cruz, San Jorge, Sololá y Gadomíz.

El último era el apellido del Capellán que tenía don Pedro de Alvarado, cuando fundó la primera Guatemala.

En tanto, retirado en el Valle del río Panajachel, está la "Casa Contenta" con sus bungalow regados entre árboles y jardines.

Los turistas regresan a la Capital, su punto de partida, por otro rumbo hasta llegar a Patzicia, lugar ya conocido durante el viaje.

Se termina esta breve relación del poético Lago, con las observaciones que hace al hotel Tzan-Juyú, el cronista de las visitas del Dictador Ubico. Pero todos los buenos deseos que apunta se quedaron en las páginas del libro. El atraso de que habla el autor de "Viajes Presidenciales", es el mismo que encontró el suscrito en 1.942. A poco vino la caída del Dictador y el año antepasado terminó, dolorosamente, su vida en el destierro.

Los apuntes de los escritores, no políticos, casi siempre no pa-

san del papel. Tal le sucedió al suscrito con lo que le escribió al Presidente López Contreras desde Bogotá, Santiago de Chile y Buenos Aires. Le contestó que todas las útiles indicaciones sobre el Balneario de Aguas Calientes del Táchira, Balneario de Macuto, carreteras y Penitenciaría de San Pablo, del Brasil, le servirían para su programa. Lo que en realidad fue verdad. Pero eso no pasó de ser buenos deseos. Este gobernante olvidó el viejo adagio español: "El infierno está empedrado de buenas intenciones".